

LA HORA DE LOS MÁRTIRES SEGLARES. DON MANUEL ARIZCUN MORENO.

POR

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN

El rigor histórico, la importancia del ejemplo de los mártires de la Cruzada de 1936-1939, 498 de los cuales han sido beatificados en Roma el pasado 28 de octubre, y muy secundariamente la Ley para la memoria histórica planteada por el PSOE, determinan que de nuevo hablemos, con gozo y simultáneamente con un profundo dolor, sobre la persecución religiosa durante la Cruzada. Con estos, sumarán 977 los beatificados en 12 ceremonias, entre los que hay 11 mártires canonizados como santos: 9 hermanas de La Salle, 1 Pasionista, y el fundador de las Teresianas San Pedro Poveda.

De los españoles beatificados en Octubre, 16 pertenecen a las diócesis Pamplona-Tudela (3 religiosas y 13 religiosos) que abarcan lo que es Navarra, nacidos en 13 pueblos del viejo Reyno. En Navarra no hubo mártires que sufriesen pasivamente la muerte por odio a la Fe, porque en ella no hubo persecución religiosa. La entrega activa de la vida luchando por Dios y la Religión en el pie de guerra, es un realidad diferente, aunque creemos que, en un sentido amplio, los que de esta manera entregaron su vida también pueden ser llamados mártires. Sin la acción de estos últimos en el frente de batalla, su momento histórico y la sociedad posterior hubieran sido muy diferentes, y se hubiera asistido al triunfo del laicismo radical y del marxismo, perseguidores ambos de la Iglesia católica. En España, la Cruzada de 1936-39 puso fin a la persecución reli-

giosa iniciada ya antes. Podemos imaginar los muchos mártires que sin la Cruzada hubieran existido hasta hoy, de vivir los católicos la fortaleza en la Fe bajo el dominio de un Estado donde imperase la persecución religiosa. Reconocer esto obliga a repugnar como crimen la eliminación en la cuneta de personas afectas al Frente Popular allá donde fuese.

Los testimonios y libros sobre la persecución que sufrió la Iglesia en España de 1936-1939 (1) llenan archivos y bibliotecas. Creo que ha llegado la hora de los seculares, porque una legión innumerable de ellos entregó su vida por N. S. Jesucristo, y fue sacrificada por rechazo implícito o explícito a su Fe, incluso como móvil principal de la persecución.

Si no me equivoco, la Diócesis de Santander tiene una Causa abierta con 84 *asesinados en dicha Provincia*. Es posible que haya otros, pero en ella echo en falta a don Manuel Arizcun Moreno. La Causa abierta de Santander se identifica con la del sacerdote Francisco González de Córdoba y 83 mártires más, sacrificados entre el 2-VIII-1936 y el 22-VIII-1937. Entre ellos hay 76 sacerdo-

(1) José Francisco Guijarro, en su libro *Persecución religiosa y guerra civil. La Iglesia en Madrid, 1936-1939* (Madrid, Ed. La Esfera de los Libros, 2006, 695 págs.), expone una de sus tesis de la manera siguiente: “*El anticlericalismo presente en la sociedad española con mayor o menor violencia al advenimiento de la República no hubiera podido, por sí mismo, producir cinco años más tarde una persecución religiosa tan virulenta y homogénea contra la Iglesia católica en todos los territorios (...), si no se hubiera condensado previamente en una serie de normas, gubernativas y legislativas, que predispusieron a las masas populares para una violencia antirreligiosa que, de otro modo, hubiera sido impensable improvisar en un período de tiempo tan breve*” (pág. 60). Esto deja bien claro algo que se suele olvidar: la IIª República arrancó inicialmente la religión de las instituciones y por ello indirectamente de la sociedad. Concluida la labor constituyente de 1931, los Gobiernos de la República pretenderán *arrancar directamente la religión de la sociedad*, decretando, como medio conducente a ello, la disolución de las Órdenes Religiosas, la enseñanza obligatoria, estatal y laica, etc.

Por lo que respecta a Madrid, José Francisco Guijarro afirma que el Gobierno republicano instauró, o al menos autorizó, el régimen de *checas* como remedio de emergencia contra la anarquía. Ahora bien, deja claro que la creación del “*Comité Provincial de Investigación Pública no logró el fin que se pretendía, de unificar o coordinar -y al mismo tiempo controlar- todas las actividades de la represión de Madrid*”, ya que siguieron actuando más de 200 *checas* autónomas (pág. 457). Al final del libro (cap. VII) analiza el *retroceso de la persecución* hasta que, el Gobierno republicano, dirigido por los comunistas y el pro-comunista Negrín, decidió, *por estrategia política*, poner fin a la persecución, declarar la libertad religiosa en el ámbito privado, y, al final, decretar para el ámbito público el libre ejercicio de cualquier religión.

tes, 3 seminaristas y 5 laicos (tales son Jaime de la Lama y Ruiz-Escajarillo, Marcelino Pedro Lucio Gutiérrez, Adalberto Susilla de Bustamante, Francisco Sánchez Trallero y Luis Mosquera Caramelo). He podido consultar el magnífico libro de Fernando de La Lama Ruiz-Escajadillo, titulado *Mártires de la Montaña en nuestra Cruzada Española de Liberación 1936-1937* (Santander, s. ed., 1994, 271 págs.), donde cita, entre los muchos sacrificados, a los seglares arriba mencionados (págs. 94-96, 115-119, 137, 173 y 184).

Hubo ocasiones concretas, sobre todo entre los seglares, en las que pudieron existir varios móviles para su eliminación cruenta. En estas páginas presentamos el caso de don Manuel Arizcun Moreno, que era a la vez católico con cargos en su Iglesia diocesana y militar retirado. En los casos –como éste– que la persecución pudiera tener una doble motivación, a simple vista puede parecer difícil discernir si el ser católico fue causa suficiente para la inmolación. Responder a esto conllevaría otro trabajo y singularizar el análisis de cada caso. Sin embargo, adelantemos que, en la España de 1936-1939, *basta ser católico para ser asesinado*, pues no en vano hay muchos ejemplos como los casi mil mártires –entre sacerdotes y religiosos– beatificados por ahora por ofrecer su vida de forma cruenta por Jesucristo. Si se dio caza a las hoy beatas carmelitas Hermana Pilar, Teresa y M^a Ángeles, las tres azucenas de Guadalajara, ¿iba a librarse del asesinato un destacado católico que también fuese militar con don Manuel Arizcun? Lo mismo se puede decir –pues viene a ser lo mismo– de un militar que también fuese católico, *si ser católico era causa suficiente para el martirio*. Por otra parte, para el martirio no es necesario que el asesino haga su víctima por odio expreso a la Fe: *basta que la Fe en Jesucristo de la víctima sea el elemento determinante o suficiente de la persecución*. De todas maneras, para los perseguidores (laicistas radicales, anarquistas y marxistas) la política lo englobaba todo, y *el ser católico practicante y pertenecer a la Acción Católica era para su ideología un motivo político*. Esto nos recuerda la situación de los primeros mártires cristianos. Añadamos también que las posiciones estrictamente políticas o católicamente opinables en España en 1936 estaban *muy ligadas a la defensa de la religión*.

Para el seglar don Manuel Arizcun Moreno, ser católico era lo principal y medular, y sin duda fue el principal elemento que deter-

minó que como militar rechazase el apoyo que se le solicitó al Frente Popular en agosto de 1936. Ello le costó la vida a este presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica de Pamplona, y comandante de Estado Mayor en situación de retiro. La Iglesia universal aún no le ha proclamado mártir ni beato, pero el obispo Olaechea de Pamplona, y con él la Junta Diocesana de Acción Católica, hablaron de él como caballero ejemplar, propagandista del bien y mártir.

Es importante incidir en el hecho siguiente: es muy posible que, desde la mitad del mes de julio, el Frente Popular primero quisiera someter a los militares que estaban en la zona controlada por él, aunque se hubiesen retirado del Ejército como era el caso de don Manuel. En don Manuel, el amor a Jesucristo *fue* suficiente –hasta determinante y nuclear– de su sacrificio por Jesucristo hasta la sangre. Con esto basta. Objetivamente en los perseguidores, el motivo religioso *pudo ser* suficiente o determinante. Debido a la persecución religiosa con casi mil sacerdotes y religiosos españoles beatificados, y a la persecución hasta el asesinato de 76 sacerdotes en Santander, el motivo religioso fue sin duda el motivo suficiente de la represión que el Frente Popular ejerció en esta última Provincia. Además, la ideología de los asesinos (FAI, CNT etc.) convertía a la religión en causa determinante y política de la persecución, aunque no fuese necesaria y conscientemente expresa en unos u otros perseguidores: sólo Dios puede entrar en sus conciencias.

El caso de don Manuel puede extenderse a otros católicos, fuesen o no militares retirados, y perteneciesen a unos u otros partidos políticos, sindicatos o asociaciones. Nuestra aportación en estas páginas tiene un doble interés y finalidad, porque si lo que Mons. Olaechea dijo de don Manuel Arizcun sobre todo se aplica a este último, también puede expresar el marco de otras situaciones que afectaron a multitud de seglares, navarros o no.

No hubo navarros asesinados en Navarra por odio a la Fe. Sí los hubo fuera de ella. Narraré el caso de don Manuel Arizcun Moreno –citado someramente en dicho libro de Fernando de La Lama (págs. 27-28)–, quien siendo presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica de Pamplona, *confesó a Jesucristo hasta la sangre, asesinado por odio a su Fe en Santander* en noviembre de 1936. Su

persona y santa muerte también ha sido estudiada por el sacerdote y doctor en Historia D. José Antonio Marcellán Eigorri (q.e.p.d.), siendo sus conclusiones publicadas en un interesantísimo artículo de la revista “Pregón” de Pamplona (nº 16, Invierno 2000, Sec. “Estudios”, págs. 57-61). Mucho debió impactar a don José Antonio, como católico e historiador, el ejemplo de vida y muerte de don Manuel para destacarlo tanto. La documentación al respecto estuvo en el Archivo Diocesano de Pamplona, hasta que el Obispo Mons. Fernando Sebastián Aguilar la remitió a la Oficina de la Conferencia Episcopal en Madrid (C/ Añastro, 1) con el resto de documentación similar.

La memoria de don Manuel Arizcun Moreno ha perdurado en Pamplona (Navarra), pues no en vano está enterrado delante del Altar Mayor de la parroquia de San Agustín. Su primera lápida, colocada en 1939 y mantenida hasta 2006, era muy expresiva de su sacrificio *hasta la sangre, asesinado por odio a su Fe* como confesor de Jesucristo. Advirtamos el cambio de lápida en 2006 con ocasión de la remodelación del templo, pues se dan casos en que, mientras la Iglesia universal eleva a los altares a los confesores de Jesucristo hasta la sangre, algunos suprimen lo que el Obispo Olaechea Loizaga (1889-1972) proclamó en la Iglesia diocesana de Pamplona. La lápida primigenia había sido respetada durante los 30 últimos y conflictivos años. Aunque la nueva lápida mantiene la memoria del ejemplo de Don Manuel como *caballero ejemplar y propagandista del bien* a todos los que se acercan a recibir la Santa Comunión por el pasillo central de la Iglesia parroquial de San Agustín, omite su sacrificio cruento como confesor de Jesucristo *“hasta la sangre asesinado por odio a su fe”* (2).

* * *

(2) La inscripción de la antigua lápida, originaria y mantenida de 1939 a 2006, que cubría la tumba del mártir de la Iglesia diocesana situada delante del altar Mayor de la parroquia de San Agustín de Pamplona, fue decidida por la Junta Diocesana de Acción Católica, que dependía del obispo de Pamplona. Su diseño es del arquitecto Víctor Eusa, que no firmó el diseño ni la lápida. Este texto y diseño está recogido en el “Boletín Oficial Eclesiástico” (nº 1. 916, 15-II-1940, pág. 81-84) y el texto en “El

Don Manuel Arizcun Moreno (Madrid, 1892 - Santander 1936) era un padre de una familia numerosa de nueve hijos. Pasado el tiempo, me atrevo a hablar de él a pesar del natural pudor de sus familiares sobre estos temas, siendo el historiador Marcellán quien primero rompió el prolongado e incomprensible silencio. Los documentos públicos del obispo Olaechea que adjuntamos son imprescindibles, pues dan luz a raudales sobre la persona de don Manuel, y sobre su confesión a Jesucristo en su fuero interno, en su vida familiar, eclesial y social.

Don Manuel era una persona muy conocida. Lo menos importante en él, aunque de interés porque renunció a todo por amor a Jesucristo, era el legítimo prestigio de pertenecer a una ilustre fami-

Pensamiento Navarro” (12-XI-1939, p. 3). El texto también lo refleja don José Antonio Marcellán en su citado escrito sobre el mártir “D. Manuel Arizcun Moreno”. Yo mismo, entre otros, soy testigo de la primera lápida, de la que conservo tres fotografías de diferentes momentos pues iba deteriorándose paulatinamente. Una de estas fotografías la entregué al obispo de Pamplona Mons. Fernando Sebastián con un informe al respecto. El texto de la lápida fue publicado en el quincenal navarro “Siempre P’ adelante” nº 141 (5-III-1988) p. 14 -“Perseguidos por su Fe”-, y su fotografía y el texto de Olaechea del 1-XI-1937 fue publicada en el nº 553, (1-XII-2006) p. 14 de dicho quincenal.

La lápida originaria decía así: “/ + A.C. / Manuel Arizcun / Moreno / +++ / Presidente diocesano / de la Acción Católica / Caballero ejemplar / Propagandista del bien / Confesó a Jesucristo / hasta la sangre / asesinado por odio a su Fe / en Santander / Noviembre 1936 / +++ /”.

Pues bien, esta inscripción lapidaria ha desaparecido de la lápida, que ha sido reutilizada, y del lugar. La inscripción anterior ha sido totalmente remodelada, modificada en un punto sustancial, y se ha *falsificado* la lápida de V. Eusa al ser *sustituida* por esta otra, que se le atribuye:

“/ + A.C. / Manuel Arizcun / Moreno / +++ / Presidente diocesano / de Acción Católica / Caballero ejemplar / Propagandista del bien / Entregó su vida / por Jesucristo / Noviembre 1936 / +++ / V. Eusa”. (Eusa no pudo firmar la lápida porque murió mucho antes).

Esto motivó dos cartas familiares más del 12 de febrero y 10 de marzo de 2007, y mi informe al Arzobispo Mons. Fernando Sebastián Aguilar, entregado en una larga y amable entrevista el pasado 20 de diciembre de 2006, donde le planteaba *varias cuestiones* al respecto. Los contenidos de dicha entrevista también los reflejé en la carta que dirigí a Mons. Sebastián el 25 de agosto de 2007, y, algo parcialmente, en tres cartas enviadas a Doña Encarnación González Rodríguez –directora de la Oficina de la Causa de los Santos de la Conferencia Episcopal Española– el 9-IV, 2-VI y 18-VI-2007, así como en mi larga conversación con esta directora el 21 de junio. En esta cuestión, sólo tengo agradecimiento hacia don Fernando Sebastián y doña Encarnación González.

El ejemplo de don Manuel Arizcun Moreno contesta con creces la supresión, en el año 2006, de las citadas palabras de su primera lápida conocida durante generaciones.

lia de la vieja nobleza titulada del valle del Baztán, en el antiguo Reino de Navarra. El que tiene algo propio no se jacta de ello sino que lo vive con naturalidad para dar buenos frutos. Fue militar, como su padre don Ramón Arizcun Iturralde (+ 1930), su abuelo don Francisco de Paula Arizcun Bureau, y todos sus antepasados hasta conectar con el primer marqués de Iturbieta (+ 1741). Éste último poseía el palacio de “Arizcunenea”, el llamado palacio de las gobernadoras en Elizondo (Valle de Baztán, Navarra). Concretamente, don Manuel alcanzó el empleo de Comandante de Estado Mayor aunque, tras pasar un tiempo en su destino de África, se retiró del Ejército acogándose a la Ley de Azaña. Llegó a Pamplona con su esposa doña María Pilar Zozaya Iturralde y sus nueve hijos. Doña María Pilar, vecina de Pamplona, procedía del palacio de Echeniquea, sito en el barrio de Iñarbil del pueblo de Errazu (también en el Valle de Baztán). Don Manuel vivió con su familia ocupando el tercer piso del nº 7 de la Plaza del Castillo de Pamplona, en el mismo edificio que la familia de su esposa, esto es, el palacio construido por Goyeneche en el s. XVIII, y adquirido todo él por don Miguel María Zozaya e Irigoyen a finales del s. XIX.

Según el obispo Olaechea: *“A unos Ejercicios Espirituales atribuía don Manuel el haber entrado en la senda de la verdadera virtud, a su vuelta de África. Los suyos pensaron que era un dicho de su gran humildad, pues nunca había descarriado”* (21-XI-1937). Todos los días asistía a la Santa Misa en su parroquia a las ocho de la mañana, y su vida de piedad era intensa.

Don Manuel era conocido, sobre todo, porque el 3-I-1932 fue vocal de la Asociación Católica de Padres de Familia y, en marzo de este mismo año, fue elegido vicepresidente. La familia Zozaya –a la que pertenecía su esposa con su hermano Miguel María– cedió la utilización del bajo de su domicilio en Pamplona a dicha Asociación.

Fue presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica de Pamplona, actuando apostólicamente como tal con vibración y entusiasmo, y desde 1933 impulsó los centros parroquiales de numerosos pueblos mediante actos de propaganda y apostolado. Como dicho presidente trabajó en estrecha relación con su Obispo Mons. Olaechea. Según la Junta Diocesana de Acción Católica,

cuyo consiliario era el conocido sacerdote Don Santos Beguiristáin Eguilaz, es “a él (al Obispo), en realidad, que no a nosotros, (al que) pertenece no sólo la inspiración y el impulso, sino las más de las veces hasta el detalle de nuestras obras” (3). Es significativo que Junta dijese esto tras hacer memoria sobre la lápida e inscripción que hasta 2006 cubrió la tumba del mártir.

Don Manuel se dedicó a su familia –esposa y nueve hijos–, a la Asociación de Padres de Familia, y a extender y organizar la Acción Católica de la Diócesis. Como muchos pamploneses, también era socio de la Hermandad de la Pasión de Pamplona.

Su vibrante capacidad oratoria –contenidos, voz, y gesto– expresaba a las mil maravillas su recta conciencia católica, su amplio corazón, y hasta su indudable genio artístico como dibujante y pintor, e incluso escultor y “belenista”. Era un hombre de elevado espíritu, y, más que eso, un hombre de acrisolada fe religiosa y ferviente caridad cristiana. Según la Memoria de la Junta Diocesana de Acción Católica, los principales amores de don Manuel eran Jesucristo, la Iglesia y el Papa (B.O. del Obispado de Pamplona, nº 1916, 15-II-1940, p. 83). El Obispo Olaechea, que tan bien le conoció, recuerda en la homilía de su funeral celebrado en la catedral: “*¿Con qué dolor decía este gran caballero cristiano!: “He visto en la campaña de África hombres que jamás temblaron ante las balas; y a alguno de esos le he sorprendido después avergonzado y encogido, por que le decían beato”* (21-XI-1937).

Sobre cómo era don Manuel, su trabajo valiente e infatigable, las circunstancias de su muerte, y la proclamación del carácter martirial de su muerte, lo explica y declara con detalle Mons. Olaechea en cuatro documentos: en su carta de Homenaje del 1-XI-1937 (4), en su larguísimo sermón de exequias o funeral celebrado a las once de la mañana del 21-XI-1937 (5), nada menos que en la catedral de Pamplona, en su discurso en Radio Requeté de Navarra el 14-XI-

(3) “Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Pamplona”, B.O.P., nº 1916, 15-II-1940, pág. 83-84).

(4) B.O.P., nº 1.861, 1-XI-1937, p. 408-410, “El Pensamiento Navarro” EPN, nº 12.391, miércoles, 17-XI-1937, pág. 2.

(5) EPN, nº 12.397, martes, 23-XI-1937, pág. 1; “Arriba España” 23-XI-1937, pág. 6, “Diario de Navarra” DN, martes 23-XI-1937, pág. 2.

1937 (6), y en su discurso ante la inhumación de los restos de Don Manuel en la parroquia de San Agustín el 9-XI-1939 (7). En los cuatro textos –los dos primeros recogemos en el apéndice–, Mons. Olaechea muestra un conocimiento profundo de don Manuel, al que el Obispo denominó “mártir”. La Acción Católica aceptó y promovió este título martirial. Los dos primeros documentos son muy largos, y en ellos el obispo *se vuelca* en favor de don Manuel y de su apenada familia. Esto hace que en ellos brille la verdad, pues Mons. Olaechea estaba obligado principalmente a ella, y es en la verdad donde se debe fundar todo verdadero consuelo. También don Manuel fue considerado mártir en el funeral celebrado en Errazu (Valle de Baztán) el jueves 18 de noviembre (8), al que se asociaron las parroquias próximas de los pueblos de Arizcun, Maya y Azpilcueta. Con esta hermosa y justa corona de “mártir” le han recordado siempre los pamploneses que han contemplado su tumba durante generaciones. Mons. Olaechea finalizó su sermón de exequias diciendo estas significativas y evangélicas –por cristológicas y marianas– palabras: *“Confesó (don Manuel) a Jesucristo en la tierra y habrá sido ya confesado por Jesucristo delante de su Padre en los Cielos. No perecerá su memoria y su nombre será repetido de generación en generación. En tanto y mientras la Iglesia no hable, sufraguemos con piedad su alma escogida”* (21-XI-1937).

Una ilustre dama de Pamplona apellidada Arraiza, ya mayor, me testimonia que, cuando don Manuel dejó muy enferma a una de sus hijas en casa, con gran dolor de su corazón, para ir a una reunión de la Acción Católica, la encontró totalmente curada cuando volvió. Por cierto, luego he visto que el obispo Mons. Olaechea, en su sermón de funeral celebrado en la catedral de Pamplona el 21-XI-1937, sermón que fue publicado en los periódicos de Navarra, cita este caso con estas palabras: *“Aquel día debía hablar en Javier a las jóvenes de la A. C. pero tenía una niña enferma, muy enferma... ¡Qué sacrificio!... habló, más que a ellas, al santo misionero, pidiéndole a gritos la salud de su hijita. / Y su oración fue oída”*.

(6) B.O.P., nº 1.863, 1-XII-1937, pág. 440 y sigs.

(7) DN, viernes 10-XI-1939 y otros diarios como EPN, 12-XI-1939, pág. 3 y 14 -XI-1939, pág. 2.

(8) EPN, nº 12.396, domingo 21-XI-1937, pág. 4; “Diario de Navarra” 23-XI-1937 pág. 6.

En julio de 1936 don Manuel estaba en Suances, localidad marítima de la noroeste provincia de Santander, para visitar a su anciana madre doña Julia Moreno Gil de Borja, que tenía una finca con dos casas en esta localidad. Es importante que, en su citado libro, Fernando de La Lama afirme que don Manuel era conocido en esta provincia de Santander porque, a pesar que veraneaba en Suances, tomó parte en actos de la juventud de Acción Católica junto con el infatigable presidente de la U. D. de Juventudes Católicas don Santiago Corral. Así pues, era conocido en Santander como dirigente de Acción Católica. Sin embargo, se equivoca el libro al decir que tenía obligaciones como militar, ya que durante la República don Manuel había formalizado la baja en el Ejército, en el que tenía el empleo de Comandante de Estado Mayor, pasando así a la situación de *retiro*. Ambos datos son importantes, porque realzan la dimensión religiosa y apostólica del martirio de don Manuel, sobre todo ante él mismo, su familia y la Iglesia diocesana.

Mons. Olaechea testimonió en su sermón de exequias en la catedral lo siguiente: *“Recordaba (don Manuel) que el Cristianismo no es una religión de débiles ni cobardes, sino de fuertes; con una moral dura que suena a ridiculez a los secuaces del becerro de oro o del placer de la vida. / Paladín de los fueros de la modestia, los sostuvo briosamente en la misma playa de Suances, un año antes de su martirio. Aquel brío duro habrá encontrado por premio la sonrisa de Quien dijo: Si tu ojo, tu mano, o tu pie te escandalizan, arráncalos, córtalos, arrójalos lejos de ti, que mejor te es entrar tuerto, manco o cojo en el Cielo, que ser arrojado íntegro tu cuerpo a la gehena de fuego. / Guerreó contra la inmoralidad, la grosería del vivir y del decir, la injuria a Dios.”* (el 21-XI-1937 y también en su Carta del 1-XI).

Hay muchos detalles de la vida de don Manuel y de su confesión a Jesucristo en sí mismo, en su hogar y en la sociedad, que Olaechea narró con sencillez en la citada homilía del funeral celebrado en la catedral. Sus palabras ofrecen algunos detalles de los últimos meses de su vida:

“(…) Presentía don Manuel que había llegado la hora de dar la vida por Jesucristo; y se mostraba desasido del apego natural a la tierra. Dios preparaba su siervo a la agonía. / Un santo sacerdote (de esos que han arrancado a la Misericordia divina la gracia del martirio con

ardorosas y prolijas oraciones, pues los hombres como las fieras del circo a los pies de los mártires, se rendían a la sencillez, la mansedumbre, la pobreza y la caridad de este varón de Dios), un santo sacerdote burgalés seguía diciendo misa en el escondrijo de un albergue de Suances. / En este sacerdote, maestro y bienhechor de tantos pobrecitos, reducido a la última miseria, pensaba don Manuel; le socorría con su limosna, protestaba del desamparo en que le tenía el miedo de los católicos y viéndole sin abrigo, le regalaba su mismo impermeable. A su casa acudía, por medio de sus hijos y con pretextos bien estudiados, para recibir de él el Pan de los fuertes. / ¡Qué estaciones! / ¡Qué Hora Santa, más santa!. / ¡Qué comunión aquella que fué la última! / Cuando don Manuel mostraba a los suyos la Hostia divina y decía, sollozando todos, las palabras de rito: “Ecce Agnus Dei, Ecce que tollit peccata mundi”. / Un día, al ras de una cuneta, apareció el cadáver de un anciano: el sacerdote había tenido, como Jesucristo, un Judas entre sus discípulos. La Sagrada Familia había oído su insistente oración. Era ya mártir. / Y a las puertas de serlo su buen amigo don Manuel. / Se sabe que en la cárcel levantó el ánimo de todos. / Y estamos ciertos que marchó a la muerte, como quien era y como la gracia abundante de Dios que en sí tenía (...)” (21-XI-1937).

La viuda de don Manuel, D^a Pilar Zozaya Iturralde, ofrece muchos detalles sobre los hechos acaecidos en los últimos meses, y se refiere a varios testigos (dos oficiales militares, el alcalde de Suances, y un comerciante de esta población), en su documento presentado al Gobernador Militar de Navarra el 16-XII-1941 y en el Testimonio Notarial de Benjamín Arnáez Navarro (Pamplona 23-XII-1941), cuyas copias conservo (9).

Al estallar la guerra, la familia Arizcun no pudo regresar a Pamplona desde su lugar de veraneo. Don Manuel pudo haber huido por los montes, pero no quiso dejar a su familia en esas circunstancias. Según su esposa, don Manuel *“trató desde el primer momento de pasarse a la Zona Nacional; confesó su deseo a sus íntimos y realizó gestiones para lograrlo, lo que no pudo conseguir debido a la estrecha vigilancia a que, desde el primer momento, le sometieron las*

(9) Archivo privado. Parte de ellos fueron publicados en “Siempre P’ alante” nº 193 (1-VII-1990), “El sacrificio martirial de Don Manuel”.

fuerzas del frente Popular de Suances". Dos veces fueron a prenderle. La primera vez lo hizo una patrulla de la F.A.I. llegada de la ciudad de Santander, que le sometió a un largo interrogatorio en la madrugada del 2-VIII-1936, "a través del cual (...) (don Manuel) afirmó su condición de militar y de católico". En adelante, varias veces registraron su domicilio. En el mes de agosto, propusieron a don Manuel acogerse a una Ley del Gobierno por la cual los militares retirados podían seguir percibiendo sus haberes de retiro "si firmaban su adhesión al Gobierno marxista". Don Manuel "rechazó de plano la oferta y aconsejó que la rechazase a un militar que a la sazón residía en Suances" y se apellidaba Ampuria. La viuda afirmó que, a finales de octubre, don Manuel recibió un anónimo "donde le advertían que no se pasease por el campo ni saliese de su casa a la casa contigua donde residía su madre, anónimo que firmaba 'Un joven que les aprecia' y que demuestra que el frente Popular estaba al corriente de todos los pasos del causante y vigilaba todas sus actividades por conocer su condición de militar de derechas y de directivo de la Acción Católica en Pamplona" (respeto la grafía). Eran las cuatro de la tarde del 10 de noviembre cuando fueron a buscarle por segunda vez. En esta ocasión, don Manuel fué apresado por Manuel Iglesias, presidente del Frente Popular de Suances, que se presentó acompañado de policías de Santander y del directivo del Frente Popular llamado Arrillaga -apodado "el vasco"- . Se le encarceló en la céntrica prisión o checa *Neila* de la calle Sol, de la ciudad de Santander, muy próxima a su hermosa bahía. Así lo recogen también y citan el nombre *Neila*, los historiadores Jesús Gutiérrez Flores y Enrique Gudín de la Lama en su artículo titulado "Militares de la guerra civil en Cantabria" (Ayuntamiento de Santoña, Monte Buceiro, 2005, nº 11, p. 18-298). Trasladaron a don Manuel a esta checa con otros cinco militares detenidos por ser considerados afectos al Movimiento Nacional: Fernández de la Puente, Mariano Barrasa, Fernando Schmid, Octavio F. Roca y Vicente Gutiérrez.

Continúa su viuda: "(...) el Frente Popular de Santander les propuso (a su marido y los restantes militares) la inmediata libertad a cambio de que se adhiriesen al Gobierno marxista y prestasen servicio en el Ejército del Pueblo, proposición que el Sr. Arizcun rechazó en absoluto, afirmando ante los que le interrogaron sus sentimientos reli -

giosos, y sus deberes de militar español (...) por esta negativa y por aquella valiente afirmación de sus ideales, el Frente Popular resolvió asesinar al Sr. Arizcun lo que se llevó a efecto del día 13 al 30 de noviembre de 1936 (...) donde después de amarrarlo, lo arrojaron, vivo, al mar”.

Fernando de La Lama dice que don Manuel “sufrió las torturas del cautiverio y más tarde recibió el martirio con la entereza del cristiano que él mismo había propugnado tantas veces en sus briosos discursos de Acción Católica. De muchas maneras demostró, a los milicianos que le iban a matar, su amor a Dios y, por consiguiente, su fe católica: “Yo no sé lo que sois vosotros —dijo a sus asesinos— yo soy católico, y eso no me lo podréis arrancar con las pistolas” (pág. 28). Esta expresión debe estar tomada de la homilía de exequias pronunciada por Olaechea en el funeral del 21-XI-1937.

La presencia del elemento militar en toda esta narración no puede oscurecer ni empuqueñecer el hecho que subjetivamente don Manuel inmolase su vida por Jesucristo hasta la sangre. En efecto, además de ser éste móvil un elemento *real* y *suficiente* desprendido de la narración, todo indica que fue el elemento *principal*. En efecto, en don Manuel lo religioso tenía muchísima más fuerza que lo militar —no en vano causó baja en el Ejército—, con tener la Milicia mucha fuerza en él como profesión y devoción, lo que le venía de familia. La religión impregnaba toda su vida, también su vida profesional, y singularmente la Milicia que exige altos ideales y estar dispuesto a situaciones límite. Sin duda, la religión le dio la fuerza suficiente para su sacrificio heroico —además de dar su vida, tenía esposa y nueve hijos—, pues ya he citado que él mismo reconoció que había conocido a quienes siendo valientes ante las balas fueron cobardes por respetos humanos en la vivencia de su fe.

El elemento militar tampoco puede empuqueñecer ni oscurecer el hecho que, desde el punto de vista de los milicianos del Frente Popular, estos le quitasen la vida atendiendo, también y suficientemente, a la declaración de fe católica hecha por don Manuel. Me explico. Además del valor propio de la declaración religiosa de don Manuel, los ejecutores debían saber que esta última justificaba sobradamente su negativa de pasarse al Gobierno revolucionario como militar que era (aunque retirado), máxime cuando por entonces el móvil religioso se disfrazaba, en el mejor de los casos, entre las

causas políticas. Otras veces el móvil no tenía disfraz, como en el caso del sacerdote burgalés, amigo de don Manuel en Suances, que apareció asesinado en la cuneta poco antes que don Manuel fuese sacrificado. Lo que acaecía en Santander también ocurría por estas fechas en la diócesis de Madrid (véase el reciente libro de José Francisco Guijarro) y otras diócesis españolas. Al final diremos cómo el 25-XI-1936 fueron sacrificados en Paracuellos del Jarama (Madrid) un hermano de don Manuel con cuatro de sus hijos.

Bastaría señalar el carácter martirial de la muerte de don Manuel diciendo que si bien el motivo *oficial* u *oficioso* de la ejecución pudo ser su negativa de adherirse como militar al Gobierno del Frente Popular (no hay documento que lo certifique), los hechos y los testigos muestran que para ser eliminado era suficiente el espíritu católico y/o militar de don Manuel. Es más, todo indica que el motivo real, más profundo y suficiente, del heroísmo en don Manuel, y también el móvil de los ejecutores, era el motivo religioso. No en vano Olaechea recuerda el asesinato que un día sufrió un sacerdote burgalés, amigo de don Manuel, que auxiliaba espiritualmente a la familia Arizcun en Suances. Poco después don Manuel le siguió al martirio.

Según el historiador Marcellán, en el libro de difuntos de la parroquia de San Agustín se lee: *“El día once de noviembre de mil novecientos treinta y seis fue apresado por los rojos en Suances (Santander) donde accidentalmente residía con su familia don Manuel Arizcun Moreno, de cuarenta y cuatro años de edad, natural de Madrid, residente en esta parroquia, casado con doña Pilar Zozaya / El día trece inmediato a las dos y media de la mañana fue sacado de la prisión maniatado y con características de ser llevado al lugar del suplicio. / Conquistadas por el ejército nacional todas las provincias del Norte, no aparece, ni se tienen de él otras noticias que las apuntadas: por esto y ser comandante de estado mayor, católico ejemplar y presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica de Pamplona se juzga que fue asesinado por los marxistas. El día dos de octubre de mil novecientos treinta y siete se celebraron en esta parroquia funerales por su alma / Y para que conste / Lic. Luis Idoy. Cura ecónomo”* (n: 3/32, partida 133).

Lo arrojaron vivo, atado de pies y manos, al mar de la bahía de Santander. Cuando lo asesinaron tenía 43 años “y sonreían nueve

ángeles en su hogar”. Dejó una viuda y nueve hijos. Meditemos ahora cómo don Manuel amaría a su esposa y nueve hijos. Don Manuel podía haber optado por otras alternativas para salvarse, pero eligió la más costosa para él y su familia, sin duda tan sólo por confesar a Jesucristo, al *Amor de los amores*. Esta prueba de máximo amor a Jesucristo muestra la elevación del amor de don Manuel, del mismo amor con el que quería a su esposa y nueve hijos. A mayor sacrificio por Jesucristo, mayor amor a la familia, pues el amor es indiviso. Quien es capaz de amar hasta el límite por motivos sobrenaturales —dar la vida por Cristo—, ¿no va a ser capaz de lo menos y que más natural, como es amar hasta el límite a la propia esposa e hijos? Tampoco don Manuel podía traicionar a su familia traicionando la Fe católica que entregó y cultivó en ella, ni podía dar mal ejemplo a la Acción Católica diocesana, quien a ella se dedicaba con toda el alma tras causar baja del Ejército.

Repito: si por amor a Dios, y con ese mismo amor, don Manuel abandonó con inmenso sacrificio a su familia en este mundo, pensemos entonces lo mucho que amaba a esta. Así cumplió la máxima evangélica de que quien ama a sus familiares más que a Dios, no es digno de Él. Y el amor que los hombres malos quisieron separar (Dios y familia), Dios lo purificó y mantuvo para siempre unido, viviendo —directa y eclesialmente— con más fuerza que antes, en la prolífica familia de don Manuel, generación tras generación. Tengo datos para saber que desde el cielo don Manuel les ha protegido a todos, y que protege a las familias de sus hijos. ¿Por qué no animar a todos a encomendarse a don Manuel, como pidió el obispo Olaechea en su Carta del 1-XI-1937 y al inhumarse su cadáver el 9-XI-1939?

Su cuerpo inerte apareció en la playa de Arenillas del pueblo de Galizano el 28-XI ó 1-XII-1936. Tenía *“fuertes ligaduras de cáñamo desde la cintura a los pies, las manos atadas detras del cuerpo y pendiente de los cabos de esta atadura una piedra”*. Este cadáver *“Fue reconocido facultativamente por le médico de Ribamontán al Mar don Manuel Ruiz Berrire y examinado con detención por los vecinos del próximo pueblo de Carriazo don Marcelino Setién Torriente y don Félix Fernández Pérez, Juez y Secretario municipales de Ribamontán al Mar, y los enterradores, vecinos de Galizano, don José Ezquerra Agüero y don Paulino Montes Ruiz”*. El acta notarial precisa donde le

sepultaron cristianamente en el cementerio de Galizano, perteneciente al Ayuntamiento de Ribamontán al Mar, ese mismo día 1 de diciembre. Los datos del cadáver constan como inscripción provisional en el libro 24, nº 198, del Registro Civil de dicho Ayuntamiento. Casi un año después conocieron en Pamplona su muerte: esquelas, funerales, declaraciones y homilía del Obispo Olaechea etc. Conocido el paradero de los restos mortales, y exhumados para su identificación ante don Santos Beguiristáin –consiliario de Acción Católica y delegado especial al efecto del obispo Olaechea–, don Pedro María Arizcun Zozaya –hijo del difunto– y don Rafael Arizcun Moreno –su hermano–, los trasladaron a Pamplona para enterrarlos, “*por un especial privilegio de la Iglesia*” en la parroquia de San Agustín el 12-XI-1939, donde su cuerpo reposa delante del Altar Mayor (Vid. también la “Memoria” sobre don Manuel, B.O. del Obispado de Pamplona, nº 1916, 15-II-1940).

De la muerte alevosa de don Manuel da noticia “El Pensamiento Navarro” (nº 12.352, viernes 1-X-1937): “(...) *Como todo el que milita la dignidad de su condición caballeresca, sus condiciones imperturbables de católico y español, aunque no fuera nada más que la propia decencia de su caballerosidad, el señor Arizcun cayó bajo las balas asesinas de los enemigos de la Religión y de España. / El señor Arizcun, probaba con los actos de su vida la sinceridad de sus convicciones. Era un perfecto caballero católico, y un espíritu de apóstol. Su designación para Presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica fue un verdadero acierto / El Señor le acoja en el Cielo de sus mártires gloriosos (...)*”.

La esquila mortuoria de la familia rezaba así: “*dió su vida por Dios y por España vilmente asesinado en Santander el día 17 de Noviembre de 1936, a los 44 años de edad*” (EPN, nº 12.352, viernes 1-X-1937). La propia de la Junta Diocesana de Acción Católica decía: “*Asesinado, en odio a su bandera de propagandista católico, en Santander*”, el 13-XI-1936 (“El Pensamiento Navarro”, nº 12.395, sábado 20-XI-1937). Como se puede observar, el día de la inmola-ción de don Manuel no eran el mismo en ambas esquelas.

El Vice-Consiliario de Acción Católica, a la sazón el sacerdote don Santos Beguiristáin, impulsó las Jornadas diocesanas de Acción Católica, iniciadas el día 14-XI-1937, con el recuerdo y homenaje

a don Manuel, *“víctima del odio antirreligioso”, “modelo de caballeros cristianos, incansable propagandista del bien y confesor valiente de Jesucristo”*. También anunciaba funerales en la catedral para el domingo día 14 y disponía funerales en las parroquias. Si hablaba de funerales era *“porque éste es el homenaje primero que hace la Iglesia a sus hijos l. Sin perder la esperanza de glorificación mayor”*. En efecto, a continuación Beguiristáin recogía estas palabras de Mons. Olaechea referidas a don Manuel: *“A nuestro incomparable Presidente Diocesano de Acción Católica –al caballero ejemplar que confesó a Jesucristo delante de los hombres, con la práctica luminosa de su vida cristiana, como esposo, como padre, como ciudadano; al que le confesó con el ardor de su apostolado –al mártir– que interceda por nosotros”* (B.O. del Obispado de Pamplona, nº 1861, 1-XI-1937, págs. 413-415).

Ya hemos dicho que, en diversas ocasiones, el Obispo de Pamplona don Marcelino Olaechea enalteció clara, reiterada y públicamente a don Manuel Arizcun Moreno como “mártir” de la Fe. Advirtió sus dos circunstancias de Presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica de Pamplona y de Comandante de Estado Mayor del Ejército (retirado), reconociendo con claridad que el motivo religioso fue el principal y suficiente para el mártir –modelo de católico–, y quizás también para los inmoladores. Su profesión militar no retrajo a Mons. Olaechea para proclamarle mártir de la Fe.

Hay un dato muy importante para subrayar, una vez más, que los perseguidores conocían la militancia católica de don Manuel, y, lo que es muy significativo, que confundían esta con la pertenencia a un partido político. Me refiero a que Mons. Olaechea dijo en radio Requeté, al parecer el 14-XI-1937, refiriéndose al confesor y mártir don Manuel: *“Cuando le fueron a prender en su retiro de Suances confesó, sin titubeos, su fe, su piedad y sus trabajos en la Acción Católica; pero protestó con entereza y por dos veces, ante sus verdugos, contra la acusación de que la Acción Católica era un partido l. Conocía como pocos la naturaleza de la Acción Católica y confesó la verdad, la escueta verdad y toda la verdad, a las puertas del martirio”* (10).

(10) B.O.P., nº 1863, 1-XII-1937, pág. 4440 y sigs.; EPN, 12-XI-1939, pág. 3.

Olaechea recoge en su Carta del 1-XI-1937 algo que también refleja en su homilía del 21-XI-1937, y que es lo siguiente:

“ (...) No conocía (don Manuel) las medias tintas, las posiciones cobardes, el plegarse a la coyuntura, ni el disfraz de las ideas aquel que en aquella misma playa de Suances, de donde le arrancaron al cariño de los suyos, defendía un año atrás con todo el calor de su alma, la santa intransigencia de la modestia cristiana; de esa modestia de la que daba su hogar ejemplo luminoso.

Declaró francamente que era, por la gracia de Dios, católico ferviente, que trabajaba con ardor en la Acción Católica; protestó enérgicamente contra la acusación de que la Acción Católica fuera política; mandó limosnas y su mismo impermeable a un santo sacerdote; dió la sagrada comunión a sus hijos; se puso confiada y serenamente en las manos de Dios, despegado del ansia de vivir y se ciñó la corona de los mártires, para ser junto a El nuestro intercesor poderoso.

Así lo tenemos por cierto. Del número de esos mártires «en el alto y verdadero sentido de la palabra», es don Manuel un ejemplar tan claro, que esperamos que el Señor nos lo diga un día, por la voz infalible de su Iglesia”.

En su homilía pronunciada en los solemnes funerales celebrados en la catedral el 21-XI-1937, Mons. Olaechea dijo: *“Eso ha sido la vida de don Manuel Arizcun; una clara confesión de Jesucristo, con confesión sellada con el trazo purpúreo de su sangre; pues dió su vida por quien la dió por él y por todos. / Confesó a Jesucristo y su doctrina, con las palabras y con las obras: «en sí», «en el hogar», «en la sociedad”.*

Recoge Marcellán que el periódico “Oye” (10-XI-1944) constató la lección de valentía de don Manuel con estas palabras: *“Pudo haber buscado la fórmula con el mal, escapando de la cárcel, del tormento, del martirio que le arrojó vivo al mar. / Pero entonces su nombre se habría evaporado ya en el recuerdo estéril, no sería su retrato una bandera. / Entonces no reposaría su cuerpo junto al comulgatorio de la Parroquia, ni su insignia de la Acción Católica aparecería en el salón principal como un trofeo”.*

Con motivo de la inhumación de los restos mortales de don Manuel en la parroquia de San Agustín el 9-XI-1939, Mons. Olaechea recordó las Catacumbas y los templos dedicados a los confesores de Jesucristo, a los que se asemejaba la parroquia de San

Agustín por ser lugar del sepelio del difunto. También enalteció las virtudes extraordinarias del don Manuel, su confesión a Jesucristo en la vida privada y pública, su prudencia y energía apostólicas, y su confesión valiente ya en las horas difíciles ya en la suprema de la muerte. Y añadió algo altamente significativo:

“Yo os recomiendo y en vosotros a toda la Diócesis, amados hermanos en Cristo, que en vuestras tribulaciones y necesidades pidáis a Dios por mediación de Manuel Arizcun, porque si nos cabe el consuelo de que sus gloriosos restos reposen aquí, en éste lugar, entre nosotros, no ha de tardar mucho tiempo en que querrá Dios que del suelo de la Iglesia suba hasta los altares. Lo digo con la responsabilidad de mi cargo y con el pleno convencimiento mío” (11).

Así lo hacemos y así quisiéramos que muchos lo hiciesen. No olvidemos al mártir, sobre todo en nuestros días, pues es ejemplo de hombre, esposo y padre de familia, y miembro de la Iglesia diocesana. En la penumbra pero iluminado por lo anterior queda su ejemplo de buen navarro y español, y de militar como buen caballero.

En su Carta del 1-XI-1937 decía Mons. Olaechea: *“Se irá escribiendo la Vida de este nuestro mártir, cuyo retrato, debajo del Santo Crucifijo, debe presidir todos nuestros Centros de Acción Católica, cuyos ejemplos deben ser norma de los Hombres Católicos de esta escogida Diócesis de Pamplona, cantera inagotable de héroes.*

Esperamos que el Señor nos irá diciendo los detalles de los últimos días de don Manuel, y para ello pido vuestras oraciones, como también para que el Señor nos revele la santidad de éste su siervo, con lluvia de gracias.

Entre tanto, desconocedores de los secretos de Dios, recemos en sufragio; y que el recuerdo de sus grandes virtudes nos sea acicate de vida más pura, más trabajadora, más ansiosa del bien de las almas”. Olaechea también dispuso que se imprimiese el retrato de “nuestro mártir” –decía– en un recibo de las aportaciones voluntarias para los días de las Jornadas de Acción Católica (Carta, 1-XI-1937).

* * *

Alejandro era el mayor de siete hermanos, de los que el ya citado don Manuel ocupaba el quinto lugar. Tres hermanas eran mon-

(11) DN, viernes 10-XI-1939 y otros diarios.

jas. Alejandro era notario y pertenecía a la Adoración Nocturna. En 1936 fue apresado en la cárcel Porlier en Madrid junto a cuatro de sus siete hijos, que se llamaban: Ramón que era ingeniero y adorador nocturno y tenía 27 años, Luis era médico y tenía 24 años, Carlos contaba 18 años, y Francisco Arizcun Quereda tenía sólo 17 años (12). El 25 de noviembre de 1936 y junto a otros 19 hombres también sacrificados, les sacaron a todos ellos de la cárcel y fueron fusilados –los cinco, sí, no es error– en esa gran tumba de Paracuellos del Jarama. Lo narra Casas de la Vega (13). También José Francisco Guijarródedita unas páginas a los Arizcun (14). Este último sólo describe la persecución y muerte por motivos religiosos, y es escrupuloso en anotar los motivos de cada asesinato. Entre otros muchos, cuenta el caso de dichos cinco Arizcun (pág. 518), y corrige la incorporación de Casas de la Vega (pág. 321) de don Manuel Arizcun Moreno, toda vez que, en efecto, fue asesinado en Santander –y no en Madrid– en noviembre de 1936. Ante estas inmolaciones sólo nos queda perdonar y recordar el “piedad y perdón”.

* * *

El Mensaje de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española finaliza con motivo de la reciente beatificación de 498 mártires españoles de la persecución religiosa de 1936-1939: “*Que por el testimonio y la intercesión de los mártires se vigorice nuestra esperanza y encienda nuestra caridad. Ellos, movidos por la esperanza de la Vida eterna, supieron anteponer a su propia vida el amor y la obediencia a la ley evangélica, la ley nueva del amor más grande y promotora de la dignidad y la libertad de cada persona. Los mártires son testigos supremos de la Verdad que nos hace libres*”. Nosotros nos atrevemos a aplicar estas palabras a los seglares que, como los seis miembros de la familia Arizcun, fueron sacrificados por Jesucristo, que sin duda fue el principal de los motivos de su sacrificio.

(12) En “Siempre P’ alante” n° 141 (5-III-1988) pág. 14, “Perseguidos por su Fe”, donde dice “cuatro hermanos suyos” debe decir “cuatro sobrinos suyos”.

(13) Rafael Casas de la Vega, *El terror : Madrid 1936*, Madrid, Ed. Fénix, 1994, 460 págs. págs. 251, 321 y 189.

(14) José Francisco Guijarro, *Persecución religiosa y guerra civil. La Iglesia en Madrid, 1936-1939*, Madrid, Ed. La Esfera de los Libros, 2006, 695 págs., pág. 518.

Documento 1. Carta pastoral del Obispo don Marcelino Olaechea Loizaga (1889-1972) sobre don Manuel Arizcun Moreno:

“En homenaje a don Manuel Arizcun, nuestro mártir. Venerables Hermanos y amados Hijos:

Entre los grandes dolores y glorias de los tiempos épicos que vivimos, tenemos que destacar el martirio de nuestro sin par Presidente Diocesano de Acción Católica, aquel modelo de caballeros cristianos, que confesó valientemente a Dios, delante de los hombres, con la ejemplaridad de su vida: como esposo, como padre, como ciudadano; que lo confesó con la elocuencia de su palabra, con el trabajo incansable en la organización de la Acción Católica, con la sangre de sus venas.

Se retiró un día a la santa paz de su hogar, aquel inteligentísimo Comandante de Estado Mayor a quien le sonreía el porvenir terreno de una carrera singularmente brillante.

Sabía y misericordiosamente lo dispone todo el Señor; y éste gran soldado, obediente a la voz de la Iglesia, pasaba a dirigir, en nuestra Diócesis, las fuerzas auxiliares de la Jerarquía.

Sabemos que se esperaba mucho de él; pero el resultado superó con mucho a las halagüeñas esperanzas.

En la zona roja le sorprendió el glorioso alzamiento nacional; y cuantos conocíamos a don Manuel Arizcun Moreno teníamos por cierto, que, si Dios escogía mártires en las playas santanderinas, uno ciertamente había de ser este gran caballero, sin miedo y sin tacha.

No lo podíamos decir a quien había de sentir la más honda pena de su vida; y que seguía abrigando consoladoras esperanzas. Pero nosotros lo teníamos por seguro.

No conocía las medias tintas, las posiciones cobardes, el plegarse a la coyuntura, ni el disfraz de las ideas aquel que en aquella misma playa de Suances, de donde le arrancaron al cariño de los suyos, defendía un año atrás con todo el calor de su alma, la santa intransigencia de la modestia cristiana; de esa modestia de la que daba su hogar ejemplo luminoso.

Declaró francamente que era, por la gracia de Dios, católico ferviente, que trabajaba con ardor en la Acción Católica; protestó enérgicamente contra la acusación de que la Acción Católica fuera política; mandó limosnas y su mismo impermeable a un santo sacerdote; dió la sagrada comunión a sus hijos; se puso confiada y serenamente en las manos de Dios, despegado del ansia de vivir y se ciñó la corona de los mártires, para ser junto a El nuestro intercesor poderoso.

Así lo tenemos por cierto. Del número de esos mártires “en el alto y verdadero sentido de la palabra”, es don Manuel un ejemplar tan claro, que esperamos que el Señor nos lo diga un día, por la voz infalible de su Iglesia.

En la recta fibra del hombre labró la voluntad, ayudada por la gracia, el ejemplar cristiano.

¡Qué hombre más hombre era don Manuel Arizcun! Físico de púgil, voz recia, cerebro macizo, disciplina mental en las ideas, ardiente fé de hondo e irremovible fundamento.

Decía las cosas con la robusta franqueza de quien tiene bien perfiladas las ideas en una inteligencia categórica; y no se podía salir de su reunión sin llevar su programa para casa.

Esa claridad no le alejaba las voluntades, pues era hombre humilde, oía con gusto a todos y salpicaba la conversación con sales de ingenio.

En él, como padre, había depositado Dios su entera confianza, y a los cuarenta y tres años sonreían nueve ángeles en su hogar; y aquel hombre tan hombre, ¡qué corazón más tierno tenía! Cómo se le saltaban las lágrimas, y hasta se le anudaba la voz en la garganta, cuando llegaba en sus discursos el asunto de la educación de los hijos.

“Pienso en los míos”, nos decía.

Hablaba de sus padres con tal cariño que emocionaba; y él se reflejaba en el espejo integérrimo del autor de sus días.

Era un valiente; nada le arredraba, sin que dejara por eso de acompañarse de aquella santa prudencia, que no tienta a Dios, sino cuando, a todas luces, lo pide su gloria.

Clara inteligencia, sólida instrucción cristiana, fé y piedad ardiente, vida intachable y obediencia a la voz de la Iglesia, hicieron de él un apóstol.

Su elocuencia llegaba al fondo del alma: “era el varón bueno en el decir perito”.

Jamás hemos oído hablar del Papa con tanta fruición como en aquel discurso pronunciado el día onomástico de Su Santidad en el Seminario Nuevo: historia, poesía, amor ardiente el “buen Jesús de la tierra”.

Se irá escribiendo la Vida de este nuestro mártir, cuyo retrato, debajo del Santo Crucifijo, debe presidir todos nuestros Centros de Acción Católica, cuyos ejemplos deben ser norma de los Hombres Católicos de esta escogida Diócesis de Pamplona, cantera inagotable de héroes.

Esperamos que el Señor nos irá diciendo los detalles de los últimos días de don Manuel, y para ello pido vuestras oraciones, como también para que el Señor nos revele la santidad de éste su siervo, con lluvia de gracias.

Entre tanto, desconocedores de los secretos de Dios, recemos en sufragio; y que el recuerdo de sus grandes virtudes nos sea acicate de vida más pura, más trabajadora, más ansiosa del bien de las almas.

El día 14 celebraremos en la Santa Iglesia Catedral un funeral solemne, al que deseo se unan todas las Asociaciones de Acción Católica de la Diócesis, aplicando la santa Comunión de sus miembros, y rezando alguna oración en común; deseo igualmente que en todas aquellas parroquias que tuvieron la dicha de oírle como Presidente de la Acción Católica, recuerden los señores párrocos a los feligreses esta circunstancia y, si es posible, algo de lo dicho por él; finalmente que por carta o telegrama se unan todas las Asociaciones al dolor y la gloria de su viuda, doña Pilar Zozaya y de sus hijos / (...) /

Que el Señor destructor de la muerte por la resurrección gloriosa de sus escogidos, nos lleve un día a cantarle en el Cielo junto al esforzado ejército de los que sellaron con la sangre de sus venas la fé de su bautismo. + MARCELINO, *Obispo de Pamplona*”.

(Fuente: “Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Pamplona” n° 1.861, 1-XI-1937, p. 408-410; “El Pensamiento Navarro” n° 12.392, miércoles 17-XI-1937, p. 2). (“Siempre P’ alante”, n° 553, 1-XII-2006, con fotografía de la lápida antigua que cubría la tumba del confesor de la Fe).

Documento 2. Oración fúnebre de Mons. Marcelino Gaecha en los solemnes funerales en sufragio del alma de don Manuel Arizcun Moreno, que fue Presidente Diocesano de Acción Católica de Pamplona. Se celebraron en la S. I. Catedral de Pamplona, a las 11 de la mañana del 21 de Noviembre de 1937.

“ORACIÓN FÚNEBRE.

El Prelado leyó esta conmovedora oración:

«Qui me confessus fuerit coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo qui in Coelis est (Mateo 10, 32).

Al que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo delante de mi Padre, que está en los Cielos.

Y comenta Marco Sales: Al que con la palabra y las obras dé testimonio de Mí y de mi doctrina delante de los hombres, yo le reconoceré como discípulo mío, no sólo delante de los hombres, sino delante de mi Padre y tendrá parte en mi herencia.

Aún recordamos a nuestro mártir (que vive en Dios y en Dios goza); aún le recordamos en uno de sus discursos rogando a Jesucristo que le confesara un día delante de su Padre, pues él tenía la gracia de poderle confesar delante de los hombres; le recordamos con las lágrimas en los ojos y anudada la voz en la garganta.

Eso ha sido a vida de don Manuel Arizcun; una clara confesión de Jesucristo, confesión sellada con el trazo purpúreo de su sangre; pues dió su vida por quien la dió por él y por todos.

Confesó a Jesucristo y su doctrina, con las palabras y con las obras: “en sí”, “en el hogar”, “en la sociedad”.

Hijo de una familia ejemplar, heredó de sus padres luz de doctrina y calor de los mejores ejemplos.

Recordaba a aquel integérrimo varón que fué el autor de sus días, con indecible ternura; y se miraba en sus recuerdos como en un espejo.

El cariño a su anciana madre le llevó a Suances, de donde le había de llamar el Señor a darle la mayor prueba de amor: Su vida por El.

A unos Ejercicios Espirituales atribuía don Manuel el haber entrado en la senda de la verdadera virtud, a su vuelta de África. Los suyos pensaron que era un dicho de su gran humildad, pues nunca había descarriado.

Cultivó su inteligencia cristiana con estudio profundo: las Encíclicas de los Papas, los Temas de Cursillos para obreros, el Manual Clásico de la Acción Católica le eran familiares. Ansiaba saber, suspirando siempre porque un sacerdote, bien versado, diera conferencias.

Nada se parecía a esos caballeros cristianos que no llevan más bagaje religioso para su jornada de la vida, que el recuerdo vago, del catecismo de su niñez; para esos cristianos que dan valor a cualquier saber y a cualquier trabajo menos al saber el camino de Dios y al trabajo por llegar a El.

Cultivó su voluntad y su corazón, con piedad sincera y honda; piedad natural, muy lejos de toda mojigatería (era muy hombre don Manuel Arizcun), piedad viril, piedad entera, en la que tenía el sentimiento su parte justa, pues este hombre tan hombre, tenía corazón de niño.

A la misa de ocho se le veía todos los días en su parroquia de San Agustín; y en ella explayaba su alma en Dios, recibéndole en la Eucaristía.

Era hombre de oración y no lo negó ni ante la muerte; pues atajó a los blasfemos que le fueron a prender, con esta magnánima confesión: “Yo no sé lo que vosotros sois; yo soy católico, y eso no me lo podéis arrancar ni con las pistolas”.

¡Con qué dolor decía este gran caballero cristiano!: “He visto en la campaña de África hombres que jamás temblaron ante las balas; y a alguno de esos lo he sorprendido después avergonzado y encogido, porque le decían beato”.

“Yo soy un beato, así decía, en un discurso a la gente ruda; un beato...: pero muy hombre por la gracia de Dios.

Esos son los beatos que irán brotando a borbotones en la limpia fontana de la gran España que renace; y esos beatos formarán la Patria en que soñamos.

CONFESÓ A JESUCRISTO EN EL HOGAR. Esposo amanterísimo, llenó el ideal que traza el Apóstol al marido. Entendió la vida

como un deber; y el placer como la luz natural que conduce al deber, como el aliciente que lo suaviza.... Dios lo asoció con entera confianza a su obra creadora, y llenó su hogar con la sonrisa de nueve ángeles.

Esos retoños cantan la virtud del robusto tronco del que han brotado.

El cristiano (dice San Pablo a Timoteo), el cristiano que no tiene cuidado de los de su casa, es como si renegara de la fe y se pusiera a nivel más bajo que los infieles.

A cuántos que se dicen padres cristianos les puede cuadrar la fuerte pincelada del apóstol.

No, a don Manuel Arizcun: alma en continua tensión por el porvenir de sus hijos; alma estudiosa por sorprender el natural de cada uno de ellos y encaminarlos a la virtud, con constancia y energías; que el que ama a su hijo le hace sentir a menudo el azote, para hallar en él, al fin, su consuelo, y procurarle que no haya de ir mendigando de puerta en puerta. No le dejes hacer lo que quiera y no disimules sus travesuras. Dóblale la cerviz y dale con la vara en las costillas mientras es niño; no sea que endurezca y te niegue la obediencia, lo que causará dolor a tu alma. Instruye a tu hijo y trabaja en formarle, para no ser cómplice en su deshonor. Dice la Sabiduría.

Qué esmero para corregir la vanidad inconsciente, la tosqueidad, el amor propio, la dejadez. Y todo ese trabajo con entrañable cariño; cariño que sorbían sus hijos, pues al verle muy de lejos se le disparaban como flechas a los brazos.

Aquel día debía hablar en Javier a las jóvenes de la A. C. pero tenía una niñita enferma, muy enferma... ¡Qué sacrificio!... habló, más que a ellas, al santo misionero, pidiéndole a gritos la salud de su hijita.

Y su oración fue oída.

“Hijo, decía al mayorcito cuando la concentración de jóvenes en Estella, verás a tu papá aplaudido, agasajado, sentado a la derecha del señor Obispo; mira hijo, todo esto porque con la gracia de Dios, yo procuro ser bueno. No lo olvides; trabaja siempre por ser bueno de veras, que aún en la tierra recompensa Dios, y en el cielo no falla”.

Le visité el día de su Santo: un Portalico de Belén, cuidadosamente preparado ocupaba el cuarto de estudio: los papás y los niños, formaban orfeón y orquesta: Jesucristo debía sonreírles, y los ángeles cantarían sobre aquella casa: “Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

CONFESÓ A JESUCRISTO EN LA SOCIEDAD. Era un ejemplar de esos caballeros cristianos sin miedo y sin tacha. No transigía con la confusión de ideas en un siglo sin valor y sin costumbres sanas.

Decía las cosas por su nombre y con cierta dureza y mucho ingenio. No era de esos sujetos de personalidad desdoblada, verdaderos liberales de la vida que relegan la fe al templo y la moral a los pies de un sacerdote: de esas nubes sin agua con las que juega el viento, de esas estrellas errantes, de esos árboles de otoño, sin fruto y dos veces muertos (Judas, 13).

Recordaba que el Cristianismo no es una religión de débiles ni cobardes, sino de fuertes; con una moral dura que suena a ridiculez a los secuaces del becerro de oro o del placer de la vida.

Paladín de los fueros de la modestia, los sostuvo briosamente en la misma playa de Suances, un año antes de su martirio. Aquel brío duro habrá encontrado por premio la sonrisa de Quien dijo: Si tu ojo, tu mano, o tu pie te escandalizan, arráncalos, córtalos, arrójalos lejos de ti, que mejor te es entrar tuerto, manco o cojo en el Cielo, que ser arrojado íntegro tu cuerpo a la gehena de fuego.

Guerreó contra la inmoralidad, la grosería del vivir y del decir, la injuria a Dios.

Como reventó la cloaca y subieron tan alto las aguas sucias del decir torpe y de la injuria a Dios, en esta Patria querida, señora del buen hablar, dueña de la lengua de Teresa y de San Juan de la Cruz, hasta que la ronca voz del cañón y el silbo agudo del fusil, trágica sinfonía del canto a Cristo Rey, acallaron las voces de los enanos de la venta que asustaban con la oquedad de sus gargantas los cobardes o prudentes señores de la casa! ¡Qué pocos don Manuel Arizcun caminaban por la España de los últimos tiempos!

Era don Manuel, con los perversos y descarriados, franco y compasivo; no le llagaban las injurias. Quería persuadirlos y con-

vencerlos; y cuánto sintió que se perdiera la ocasión de controvertir con ellos, cuando su conferencia de Alsasua.

No murmuraba.

Donde mejor brilló el espíritu selecto de don Manuel Arizcun, fue en su cargo de presidente diocesano de Acción Católica.

Nos lo envidiaban.

La obediencia a la voz de la Iglesia lo convirtió en apóstol.

Se reveló en él el orador; y fué una sorpresa para sus amigos. Se lanzó primero a la escaramuza en un pueblecito y esa escaramuza feliz, verdadera victoria de la obediencia, le dió ánimo para intervenciones oratorias de mayores vuelos. Aquella voz recia como de campana grande, aquellos ademanes bruscos, aquel rostro de luchador, aquellos párrafos, a veces agrios y esquinados, seguidos de otros de ternura exquisita que velaban la voz y ponían lágrimas en los ojos en un hombre tan fuerte, tan culto, tan bueno, tan ... hombre, padre de nueve hijos, comandante de Estado Mayor, persuadían la inteligencia, rendían la voluntad, sacudían las últimas fibras de todos los corazones.

Su discurso sobre el Papa fué paseo majestuoso por la Historia, éxtasis de poesía, buceo hondo en el pensar cristiano, lágrimas tiernas del hijo que recuerda en la lejanía del tiempo el abrazo recibido del Padre.

¡Cuál no habrá sido el que le habrá dado Jesucristo Juez a este su valoroso atleta que le confesó con su lealtad hasta el último suspiro de la vida!.

Dos veces fueron a prenderle en su retiro de Suances y, al fin, lo arrancaron de los brazos de los suyos.

No puedo describiros la escena por compasión a vosotros; en particular a los amigos queridos que presiden este duelo.

Presentía don Manuel que había llegado la hora de dar la vida por Jesucristo; y se mostraba desasido del apego natural a la tierra. Dios preparaba su siervo a la agonía.

Un santo sacerdote (de esos que han arrancado a la Misericordia divina la gracia del martirio con ardorosas y prolijas oraciones, pues los hombres como las fieras del circo a los pies de los mártires, se rendían a la sencillez, la mansedumbre, la pobreza y la caridad de este varón de Dios), un santo sacerdote burgalés seguía diciendo misa en el escondrijo de un albergue de Suances.

En este sacerdote, maestro y bienhechor de tantos pobrecitos, reducido a la última miseria, pensaba don Manuel; le socorría con su limosna, protestaba del desamparo en que le tenía el miedo de los católicos y viéndole sin abrigo, le regalaba su mismo impermeable. A su casa acudía, por medio de sus hijos y con pretextos bien estudiados, para recibir de él el Pan de los fuertes.

¡Qué estaciones!

¡Qué Hora Santa, más santa!

¡Qué comunión aquella que fué la última!

Cuando don Manuel mostraba a los suyos la Hostia divina y decía, sollozando todos, las palabras de rito: “Ecce Agnus Dei, Ecce que tollit peccata mundi”.

Un día, al ras de una cuneta, apareció el cadáver de un anciano: el sacerdote había tenido, como Jesucristo, un Judas entre sus discípulos. La Sagrada Familia había oído su insistente oración. Era ya mártir.

Y a las puertas de serlo su buen amigo don Manuel.

Se sabe que en la cárcel levantó el ánimo de todos.

Y estamos ciertos que marchó a la muerte, como quien era y como la gracia abundante de Dios que en sí tenía.

El Señor nos dé a conocer un día los detalles de este paso glorioso, como se lo pedimos en nuestra oración.

Quedó el cuerpo sembrado en tierra a manera de semilla en estado de corrupción, pero resucitará incorruptible; fué puesto en tierra todo disforme, pero resucitará glorioso; fué puesto en tierra privado de movimiento, pero resucitará lleno de vigor; fué puesto en tierra como cuerpo animal, y resucitará como cuerpo espiritual; porque es necesario que el cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad y que el cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad” (1ª Cor, 15, 42 sgs.).

Confesó a Jesucristo en la tierra y habrá sido ya confesado por Jesucristo delante de su Padre en los Cielos. No perecerá su memoria y su nombre será repetido de generación en generación. En tanto y mientras la Iglesia no hable, sufraguemos con piedad su alma escogida».

Concluida la fúnebre solemnidad el inmenso público que concurrió al acto, desfiló ante el edificio de la señora Viuda de Arizcun

en manifestación de duelo y de consideración para con esta distinguida y afligida familia. Fué el acto una gran expresión de sentimiento”.

(“El Pensamiento Navarro” nº 12.397, martes 23-XI-1937, pág. 1; “Arriba España”, 23-XI-1937, pág. 6).